

El desastre del 98 y la prensa navarra

JOSÉ JAVIER SÁNCHEZ ARANDA

Hablar del 98 en España es casi obligado, es como un punto de inflexión dentro de nuestra Historia Contemporánea. Supuso, por un lado, la pérdida de nuestras últimas posesiones ultramarinas, tras la derrota ante las tropas norteamericanas, con lo que prácticamente desapareció el antiguo imperio iniciado siglos antes. Los efectos, por otro lado, fueron bien apreciables y en diferentes campos. Ese año del denominado «Desastre» dio paso a los intentos sucesivos de regeneracionismo político español, que marcó, en buena medida, la marcha del país, al menos, en el primer tercio del siglo. La reacción regeneracionista fue propiciada, en buena medida, por las críticas que diferentes grupos políticos y sociales hacían, desde fuera de él, al sistema establecido.

Sin pretender abarcar todos los posibles aspectos de interés que se pueden tratar, vamos a fijarnos en un ámbito concreto, como es el de la prensa navarra, que ayuda a conocer mejor la enorme influencia que tuvo en nuestra región el desastre del 98, con sus efectos consecuentes. Para ello, en primer término nos ocuparemos de la actuación de la prensa española, o mejor sería decir madrileña, en el conflicto bélico, para que así sirva de marco general y de contraste con el caso que nos interesa. A continuación, aludiremos a los nuevos elementos que se introdujeron en la vida política y social de la región, que tuvieron su correspondiente correlato en el mundo periodístico. Por último, centraremos la atención en un caso concreto, como fue *Diario de Navarra* en sus orígenes, que resulta ilustrativo de los cambios que se habían producido con el nuevo siglo.

1. LA PRENSA ANTE EL CONFLICTO BÉLICO

No vamos a tratar pormenorizadamente de los hechos, pues estos son bien conocidos, y sólo nos ocuparemos de lo que hizo la prensa.

Ante la actitud desafiante de los Estados Unidos de América, los periódicos españoles desarrollaron una campaña de menosprecio del poderío militar enemigo. Con una inconsciencia llamativa, justificada en parte por la falta de conocimientos, se afirmaba la superioridad de nuestra armada porque, frente a los acorazados norteamericanos, los barcos de madera españoles podían maniobrar con más facilidad; nuestros soldados, al compararlos con sus oponentes, resultaban superiores, dado su reconocido valor personal; la deficiencia de la formación militar del ejército estadounidense se ponía de manifiesto por la utilización de escobas para realizar la instrucción; y, para

mostrar las dificultades internas yanquis, alguno dio la noticia de que una rebelión de pieles rojas estaba poniendo en apuros al Gobierno Federal...¹.

Siguiendo con los despropósitos, el deseo de informar con amplitud desembocó, a veces, en la indiscreción de dar noticias que comprometían los intereses del país, al detallar movimientos de tropas y de medios que se pensaban utilizar. Esto hizo que las autoridades se quejaran de la inconveniente actuación de los periódicos y que, en momentos determinados, impusieran la censura previa.

Con el inicio de las hostilidades y los enfrentamientos bélicos, hubo un notable despliegue de corresponsales y recursos en general, para así lograr una mejor cobertura informativa. Esto supuso, a su vez, que se hiciera una profusa utilización del telégrafo, más presente de lo habitual en las páginas diarias, ya que era el medio idóneo dada la distancia y el interés del público.

Al tenerse noticia de la derrota, los periódicos centraron sus críticas en la deficiente actuación gubernamental y pidieron la rápida firma del acuerdo de paz. Cuando se desarrollaban las negociaciones con Estados Unidos, el Gobierno presidido por Sagasta decidió imponer la censura previa a fin de que la prensa no interfiriera en el proceso.

Todo esto, en última instancia, afectó negativamente a la prensa, que quedó desacreditada en muchos casos por la actitud poco responsable que había adoptado. La realidad de los acontecimientos puso de manifiesto que no todo lo que se había dicho era verdad, por lo que el público se sintió mal informado, cuando no engañado.²

Dentro de esta crisis política y periodística generalizada hubo partidos y periódicos —como los regionalistas y los socialistas— que supieron sacar provecho para sus particulares intereses, pero, en general, la repercusión fue negativa. Por poner el ejemplo más característico, si hasta ese momento el madrileño *El Imparcial* era el diario con mayor influencia y de los de mayor tirada, desde entonces se sumió en un estado de decadencia que hizo que no volviera a ocupar el puesto de privilegio del que había gozado en las dos décadas anteriores.³

Esto por lo que se refiere a la prensa española; no sería bueno dejar de mencionar el papel que desempeñó la norteamericana, puesto que fue, si se quiere, aún más determinante en el desarrollo de los hechos. Los intereses comerciales de propietarios de periódicos, y particulamente los de Hearst, desencadenaron una guerra de sensacionalismo y de rivalidad en la manifestación de posturas belicosas que no dejó de influir en el gobierno de MacKinley. El interés por que se declarara la guerra se explicaba por el aumento en las tiradas que se produciría. En efecto, algunos alcanza-

1. Cfr. APARICIO GÓMEZ, P., *Historia del Periodismo Español. De las Guerras Coloniales a la Dictadura*. Madrid 1974, pp. 41-68.

2. Por citar algunos testimonios de los contemporáneos que muestran el descrédito en que cayó la prensa, mencionamos los de Isidoro Fernández Flores y Ramón y Cajal. El primero, famoso periodista entonces y elegido académico de la Lengua, en su discurso de entrada en tal institución comentó: «Malos días son éstos para los diarios y los redactores de ellos. En la bancarrota universal aparecen más que otro alguno, responsables. Su culpa fue sin embargo la de todos» (citado por Seoane, M.C., *Historia de la Prensa en España*. Madrid 1983, p. 316). Por su parte, el eminente científico citado, al recordar los acontecimientos de entonces, exclamó en sus memorias: «¡Cuán difícil es adoptar las medidas más sencillas y salvadoras en un país ignorante y ofuscado! Tamaña solución, la única racional, intimó a nuestro Gobierno instigado por una prensa populachera. (Halládome en 1899 en la Biblioteca de Boston, el bibliotecario, que dominaba el español, me dijo señalando a varios periódicos españoles, especialmente a *El Imparcial*: 'He aquí los principales responsables (con los métodos inhumanos de WEYLER) de la guerra contra España') y por las amenazas de sublevación de nuestro ejército peninsular. Así caímos sencillamente, cual sencillas alondras, en la red que se nos tendía» (Ramón y Cajal, S., *El mundo visto a los ochenta años*. Madrid 1948, 5.ª ed., p. 111).

3. Esto lo explica con más detalle uno de los sucesores del fundador del periódico, Manuel Ortega y Gasset, en su libro *El Imparcial. Biografía de un gran periódico español*. Zaragoza 1956. Celso Almuíña ha concretado en dos las líneas que muestran el efecto negativo que llevó consigo esta coyuntura: «La crisis finisecular va a afectar a nuestra prensa en una doble dirección: a la empresa y también a las redacciones» (En «La prensa periódica», *Historia General de España y América*. Madrid 1982. Tomo XVI-1, p. 143).

ron el millón de ejemplares, pero a costa de ejercitar un periodismo amarillo que no les honraba desde el punto de vista de la dignidad que demostraban no tener⁴.

Por lo tanto, es posible que los excesos de nuestros periodistas tuvieran algo que ver con la actitud de sus colegas norteamericanos, pero mientras estos obtuvieron de modo inmediato ventajas aquellos no tuvieron tanta suerte.

2. LOS PERIÓDICOS NAVARROS ANTE LA GUERRA

Para situar el contexto periodístico navarro, describiremos brevemente cuáles eran los periódicos más representativos entonces, advirtiendo que no nos referiremos más que a los diarios.

En el último cuarto del siglo XIX se había consolidado la prensa navarra. Esto se ve muy claro en el caso de las publicaciones que aparecían diariamente, pues hasta 1875 no se contaba con ninguna que apareciese con una prolongada vida. Los partidos políticos van a tener mucho que ver con esa estabilidad. Cifrándonos a la situación en el año 98, tenemos que referirnos a cuatro periódicos: *El Eco de Navarra*, *La Tradición Navarra*, *El Pensamiento Navarro* y *Heraldo de Navarra*⁵.

El 3 de noviembre de 1875 se inició la publicación de *El Eco de Pamplona*, que a los pocos meses cambió su denominación, por la de Navarra, y que se convirtió en diario dos años después, en 1877.

Como pretendía dar a entender con el nombre, intentaba ser el eco imparcial y objetivo de los acontecimientos. Su línea editorial estaba marcada por la moderación, la no intransigencia. Sus páginas estaban abiertas a varias ideas diferentes, siempre dentro de un amplio conservadurismo. Esta neutralidad le acarreó, por contra, los continuos ataques de otros periódicos, que le exigían una mayor definición política; para esos otros diarios su única nota era el anticarlismo. Frente a estos, *El Eco* se declaraba monárquico, partidario del régimen constituido, y se puede intuir en su orientación una cierta proximidad al partido conservador. Explícitamente se declaraba católico, con la peculiaridad —teniendo en cuenta cómo era la mayoría de las publicaciones— de rehuir las exageraciones y extremismos.

A raíz de un viaje de Ramón Nocedal a Pamplona, los integristas lanzaron a la calle un diario defensor de sus ideas; esto ocurría en octubre de 1894. *La Tradición Navarra*, como se denominó el periódico, no aceptaba de ningún modo la monarquía constituida, por ser exponente de las ideas liberales, lo que significaba —según su entender— que eran contrarias a los principios católicos. También discrepaban de los carlistas, por considerar que estos habían perdido pureza doctrinal, pero buscaban acercarse a ellos para lograr la ansiada unión de los católicos, que les llevaría a un triunfo político claro. El diario estaba centrado, casi exclusivamente, en cuestiones religiosas, lo cual se explica también por el buen número de sacerdotes que se contaban entre sus suscriptores.

4. De la abundante bibliografía norteamericana al respecto, pueden consultarse las obras de WELCH, R.E., *Response to Imperialism: The United States and the Philippine-American War*. Chapel Hill 1979; WILKERSON, M.M., *Public Opinion and Spanish-American War*. Baton Rouge 1932; y WISAN, J.E., *The Cuban Crisis as Reflected in the New York Press*. New York 1934. Para un lector español resulta más fácil la consulta del libro de BERMEOSOLO, F., *Los orígenes del periodismo amarillo*. Madrid 1962.

5. Acerca de estas publicaciones puede consultarse el libro de CALZADA, A.M., *La prensa navarra a fines del siglo XIX*. Pamplona 1964; y también, aunque es más resumido, las páginas que dediqué a los tres primeros en mi libro *Navarra en 1900. Los orígenes del 'Diario'*. Pamplona 1983. La consolidación de la prensa puede verse en las estadísticas comentadas por BARRERA, C., «La prensa navarra a través de las estadísticas oficiales, 1867-1927» en *Príncipe de Viana*, XLIX, anejo 10-1988, pp. 41-57.

Como órgano oficial del partido carlista en Navarra apareció en octubre de 1897 *El Pensamiento Navarro*, continuador de una tradición de periodismo de esa tendencia política. Respecto a anteriores iniciativas tradicionalistas, mostraba una mayor preocupación por lo informativo, sin que esto supusiera un desdibujamiento ideológico. En el plano político, consideraba que el carlismo era la única fuerza capaz de regenerar el país y de acabar con los males que habían sobrevenido con la implantación del liberalismo. Defensor del foralismo —que en Navarra tenía una connotación especial— y del catolicismo, que aparecían íntimamente ligados, formando parte de una tradición heredada de siglos anteriores.

Por último, *Heraldo de Navarra* se presentaba también como defensor de una tradición periodística, pero ésta de orientación liberal, que ya había adquirido cierta madurez para entonces. Nacido, como su colega carlista, en 1897, tenía una impronta antitradicionalista, es decir anticarlista y antiintegrista, muy notable, al mismo tiempo que no renunciaba a proclamarse católico, pero —eso sí— tolerante y comprensivo con los demás. Su liberalismo chocaba frontalmente con la postura de sus rivales que no podían admitir el anticlericalismo que se apreciaba en sus páginas. Como ocurría con *El Pensamiento*, dedicó especial atención a la información, propia de concepciones más modernizadas del periodismo de entonces.

En líneas generales, se puede decir que la actitud de la prensa navarra ante el enfrentamiento con los Estados Unidos y la pérdida de las posesiones ultramarinas fue relativamente ponderada, en el sentido de que no se lanzaron campañas patrioterías que engañaran a la opinión pública. Se intentó que no se produjera el enfrentamiento con los norteamericanos, por temor al potencial bélico que poseía el enemigo. Testimonio claro de esto lo daba *El Pensamiento Navarro* del 9 de junio, que decía: «Si los americanos entran en la guerra, España ganará como 3 y 3 son 4». De esta postura participaban los otros colegas.

Esto no significaba una actitud de escaso patriotismo, pues también quedaba claro que se deseaba defender lo mejor para España. En este punto se puede apreciar una clara diferencia entre los dos periódicos tradicionalistas y el *Heraldo*, pues aquellos aprovecharon para criticar la actuación del Gobierno, por considerar que no sabía resolver correctamente el problema que tenía planteado, mientras que su oponente liberal se centraba más en mostrar que las circunstancias condicionaban mucho las posibles resoluciones que se adoptasen. Por tanto, todos eran unánimemente contrarios a los norteamericanos, pero esto no quiere decir que mantuvieran una actitud también común respecto al Gobierno de Sagasta.

Por lo que se refiere al seguimiento informativo, se puede apreciar el interés por dar más noticias sobre lo que ocurría al otro lado del Atlántico, pero también queda patente la carencia de medios, propia de publicaciones provinciales como eran las que estamos mencionando. Se recogían las noticias que iban llegando a Madrid —que se transmitían a Pamplona a través del teléfono y del telégrafo— y se empleaban también como fuente informativa lo que otros periódicos, tanto nacionales como extranjeros, decían sobre el tema objeto de interés. Por supuesto que no hubo ningún corresponsal enviado a Cuba o a Filipinas. Dadas las posibilidades de entonces, el tratamiento tipográfico no resultó tampoco espectacular y, a pesar de la cierta novedad de agrupar las noticias —formando un tipo de sección—, no hubo variaciones muy notables en los periódicos vistos.

No es nuestra intención hacer un estudio detallado de la prensa navarra del 98 y sólo nos interesa señalar que no se produjeron en ese año grandes cambios, desde el punto de vista de la actividad periodística. Como sabemos sí que hubo modificaciones de fondo, que poco a poco fueron aflorando y que también se dejaron notar en el periodismo.

3. CAMBIOS A COMIENZOS DE SIGLO

Con el paso de un siglo a otro se produjo una apreciable variación de coyuntura en Navarra. De entre el conjunto de nuevos factores y fuerzas que surgieron entonces, algunos supusieron una ruptura con tiempos pretéritos. Qué duda cabe, por ejemplo, de que el desarrollo agrícola e industrial, en sí mismo considerado, no suponía caer en una crisis social o de valores; pero si el impulso de esos sectores llevaba a propiciar el nacimiento del socialismo u otros movimientos reivindicativos, podrían alterarse las condiciones habituales de vida. Es decir, que esos cambios arrastraban consecuencias y ante la nueva situación había que tomar postura.

Dos hechos provocaron gran impacto en la opinión pública navarra: la excomunión de Basilio Lacort el 28 de noviembre de 1900 y la aparición de las primeras sociedades de resistencia en ese mismo año. El que ambos se produjeran casi al mismo tiempo hizo que la resonancia fuera aún mayor. Tanto el anticlericalismo belicoso como la violenta reivindicación obrera eran nuevos en el solar navarro. Ambos atacaban directamente lo que habían sido hasta entonces valores intangibles y aceptados mayoritariamente.

Acerca de la cuestión social en Navarra hay que decir que, si bien se tienen noticias de la presencia de afiliados a la Internacional que vivían en Pamplona, este movimiento desapareció y no quedaron vestigios palpables de su existencia por estas tierras. Parece que, según recogen los informes de la Comisión de reformas sociales en 1885⁶, reinaba la armonía entre las distintas clases sociales. Esto es lo que explicaría el que el fenómeno huelguístico fuera prácticamente desconocido en la Navarra de finales del XIX.

El clima de entendimiento permaneció básicamente con el paso de los años, aunque también fue apreciándose un paulatino cambio de mentalidad. Según el testimonio de uno de sus promotores, Gregorio Angulo, el movimiento socialista se concretó en 1900 con la creación de la Federación Obrera: «la escasez de los jornales y el encarecimiento de la vida en la capital obligó a los carpinteros a pensar en la necesidad de hacer algo que mejorara su situación económica: los socialistas [que aún no estábamos organizados] hicimos comprender a esos trabajadores que debían constituirse en sociedad de resistencia. Siguiéron los carpinteros nuestros consejos, y tras ellos fueron otros oficios»⁷. De todos modos, fueron pocos los movilizados.

La presencia de iniciativas católicas en Navarra en el terreno social era, por contraste con la debilidad del socialismo, bien palpable. Además de las centradas en el ámbito agrícola, «el novecientos presencia [...] la continuación de las tradicionales iniciativas católicas, confesionales o no, para la asociación de los trabajadores con fines mutualistas. La creación, con nuestro siglo, de la sociedad *La Conciliación*, como una suerte de mutual sirve de testimonio»⁸. Era una sociedad mixta de patronos y obreros, que agrupaba al mayor número de socios de las existentes.

Los sucesos que tuvieron por protagonista a Basilio Lacort nos resultan bien conocidos⁹. Resumidamente, hemos de decir que su semanario, *El Porvenir Navarro*,

6. Cfr. ANDRÉS-GALLEGO, J.A., *Historia Contemporánea de Navarra*. Pamplona 1982, pp. 105-106.

7. Citado por ARBELOA, V.M., «El socialismo en Navarra» en *Letras de Deusto*, n.º 10 (julio-diciembre 1975), p. 205.

8. ANDRÉS-GALLEGO, J.A., «Sobre el inicio de la política obrera contemporánea en Navarra» en *Príncipe de Viana*, n.º 150-151 (1978), p. 358.

9. Véase de LECEA, J.M., *'La vieja Navarra' y 'La nueva Navarra'*. Pamplona 1973; ARBELOA V.M., «Basilio Lacort, un anticlerical navarro excomulgado» en *Letras de Deusto*, n.º 13 (1977), p. 59 y ss.; y GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, A., «Nuevas noticias sobre Basilio Lacort, sus empresas periodísticas y 'La Pelea'» en *Príncipe de Viana*, XLVII, anejo 5-1986, pp. 471-489.

se significó por atacar al clero y a los religiosos, por lo que el obispo Ruiz-Cabal prohibió leerlo, bajo pena de pecado grave en noviembre de 1898. Al poco, el nuevo obispo, López Mendoza, adoptó medidas más drásticas y el 28 de noviembre de 1900 Lacort resultó excomulgado nominalmente y de modo genérico los que cooperasen con su periódico.

Los acontecimientos posteriores fueron amplificando aún más los efectos, de tal forma que el caso fue objeto de una interpelación parlamentaria al gobierno, por la actuación del gobernador civil, que suspendió la publicación. Lacort sacó otro semanario, titulado *La Nueva Navarra*, que también fue condenado por el obispo, pues siguió en la línea de defender ideas heterodoxas. A los pocos meses, ya en 1901, se dio por zanjada la cuestión.

Hay que anotar que los republicanos seguidores del que fue excomulgado, con su actitud anticlerical, parece que pretendían atraerse al proletariado pamplonés, aunque sus planteamientos socialistas no fueron aceptados por los que eran defensores de la ortodoxia doctrinal, es decir los ugetistas navarros. El hecho es que Lacort adquirió una significación singular y se convirtió, para unos en símbolo de la lucha por la libertad y contra el oscurantismo clerical, y, para otros, en paladín del masonismo antirreligioso.

Todo ese ambiente tan revuelto cristalizó en la creación de boletines de la Federación Obrera —*El Productor Navarro*—, de la Conciliación —que llevaba el mismo nombre— y de otras publicaciones católico-sociales, pero sobre todo fue determinante de la aparición de un nuevo periódico que ha marcado la historia navarra del siglo XX: *Diario de Navarra*.

4. LAS REACCIONES ANTE LOS CAMBIOS. NACIMIENTO DE DIARIO DE NAVARRA

Para comprender la trascendencia de lo que trataremos a continuación hay que insistir en una cuestión previa: la importancia que tenía *El Eco de Navarra* en el ámbito local y regional. Ya sabemos que era el de mayor tirada, el que daba una mayor relevancia a los aspectos informativos y el que había sabido conectar con mayor hondura con el conjunto de la población, y no sólo con el, por otro lado importante, sector tradicionalista. Pues bien, el hecho es que parece que el que era decano de los diarios pamploneses no supo estar a la altura de las circunstancias. Al menos, para un sector importante e influyente no había dado la talla ante los cambios producidos.

Con motivo de los 25 años del nacimiento de *Diario de Navarra*, uno de los primeros accionistas, Joaquín Garjón, explicaba así las razones que motivaron el lanzamiento de la nueva iniciativa periodística: «comenzaban a introducirse en nuestra querida tierra ideas disolventes al amparo de una prensa exótica que gozaba de todas las impunidades, y que se hacía lugar merced a las divisiones producidas entre los elementos de orden, y por su mejor información y variedad de lectura que los periódicos de casa»¹⁰.

Por lo expuesto en ese párrafo podemos llegar a dos ideas. En primer término, da la impresión de que la atención se centraba en la prensa de fuera de Pamplona y no en *El Eco*. En realidad, lo que les interesaba a los promotores era evitar que en Navarra se introdujeran «ideas disolventes». El canal para su difusión fue —más o menos conscientemente— el decano de los diarios navarros. Estos hombres supieron ver que los periódicos de otros lugares podían realizar también esa labor y, además,

10. *Diario de Navarra*, 25-2-1928, p. 6.

con mayor efectividad, por estar mejor confeccionados y ser más modernos. El enemigo pasaba a ser la prensa foránea, que tenía una potencia mucho mayor que la de provincias y que estaba extendiéndose, y en concreto me refiero al madrileño *El Liberal* que, desde comienzos del siglo, estaba sacando ediciones en Barcelona, Bilbao, Sevilla y Murcia.

En segundo lugar, Joaquín Garjón hacía referencia a la unión de los elementos de orden. El *Diario* pretendía aunar a todas las personas que, por la actitud poco clara de *El Eco*, estaban empezando a desorientarse. Para lograr esa unión era preciso un periódico moderno —no como el vetusto decano de la prensa— y, al mismo tiempo, de firmes y sanos principios.

No disponemos de datos sobre si se leía en Navarra mucha o poca prensa de otras ciudades, por lo tanto, no podemos decir si el peligro del influjo negativo externo era ya patente en 1903 o si se trataba más bien de una previsión de los fundadores. En cualquier caso, se pretendía que para estar bien informado no se hiciese preciso leer periódicos no navarros. La preocupación por la cantidad y la calidad de la información fue constante desde el inicio del periódico. Por otra parte, este era uno de los puntos flojos de la prensa que rodeaba al *Diario*, cosa habitual en los periódicos de provincias.

No puede extrañar, a la vista de lo expuesto, que una de las personas determinantes en la aparición de *Diario de Navarra* explicara, en una Junta General de accionistas, que «la finalidad perseguida por la fundación del periódico [fue] la de contrarrestar las tendencias algún tanto socialistas de *El Eco de Navarra* que alarmaron por entonces justamente a las personas sensatas del país»¹¹.

El hecho es que desde que salió a la calle el *Diario* se planteó una pugna continua con *El Eco*, que siguió manteniendo su preponderancia durante unos cuantos años, pero que no pudo mantener la competencia con su rival, que disponía de más medios económicos y una concepción más moderna del periodismo. Puede decirse que, cuando el 29 de junio de 1913 *El Eco de Navarra* se despidió de sus lectores, había triunfado el periodismo de empresa —del que era digno exponente *Diario de Navarra*— y el panorama periodístico navarro ofrecía unas perspectivas diferentes. Todo esto, según hemos podido demostrar, se produjo a raíz del desastre del 98 y de los intentos regeneracionistas a que dio lugar.

Para terminar lo expuesto, es interesante señalar cómo los impulsos de aquellos grupos que estaban fuera del sistema político de la Restauración a fines del XIX produjeron una dinamización de los que lo defendían. De hecho, se comprueba que los movimientos regeneracionistas de mayor entidad y más honda influencia —piénsese, por ejemplo, en el maurismo y en el canajelismo— partieron de fuerzas y grupos que no pretendían acabar con el régimen, pues ellos mismos formaban parte de él.

No hace falta insistir en la trascendencia que tuvo para el futuro de la historia del periodismo navarro el que apareciera *Diario de Navarra*, pues es bien conocido que desde la desaparición de *El Eco*, en el año 13, fue, sin duda, el de mayor peso en la opinión pública de la región. Esto se sabía, pero lo que quizá no estaba tan claro era la relación existente entre el desastre del 98, con sus consecuencias, y esta importante iniciativa periodística.

11. Palabras pronunciadas por Mauro Ibáñez y que constan en el II Libro de Actas de la Junta General de Accionistas de La Información, S.A., p. 5 vuelta. En el número extraordinario, con motivo del 80.º aniversario del nacimiento del periódico, expliqué por qué Ibáñez era un destacado y significativo accionista. También hay que indicar cómo este planteamiento encaja en la hipótesis, expuesta por Almuíña en el lugar citado anteriormente, de que una consecuencia de la regeneración fue el fuerte impulso que recibió una prensa palpablemente ideologizada.